

¿Por dónde comenzar?





Teléfono me fue a visitar. Estaba haciendo la tarea cuando lo escuché subiendo por la escalera. Jamás podrá ser un perro policía... es demasiado ruidoso.

Entró a la recámara, se tiró en el tapete junto a la cama y se me quedó mirando con ojos cansados. Julieta no tiene perro. En cambio, en su casa hay dos gatos odiosos que llenan de pelo todos los rincones.

“Así somos felices”, dice ella, aunque la verdad es que constituyen una temible banda que lanza rasguños y maullidos todo el tiempo. Entrar en su casa es como transportarse por los territorios más salvajes del planeta.

“Teléfono, ¿tú crees que eres feliz?”, le pregunté hace rato.

Instantes después el perro abrió los ojos, porque estaba adormilado, y me lanzó una mirada ausente (¿los perros piensan?). Después se volcó hacia el otro lado, para no verme, y yo me asusté. Había imaginado al perro sentándose en el sillón, encendiendo su pipa, rascándose el cuello para luego decir: “Mira, Ana Lorena, esas preguntas no se hacen cuando llueve de esta manera. ¿Qué, a ti no te dan miedo los relámpagos?”.

Por eso se fue Julieta. Desde que llegó para hacer la tarea lo advirtió: “Va a llover como en el Diluvio”, y luego comenzó a imaginar esas historias que le encantan: “Antes metería en el arca a esas dos arañas que están junto a la cortina, igual que Noé, y luego subiría a mis dos gatos, Ripi y Ropa (que así se llaman). Y tú, Ana, ¿con quién subirías?”.

Ésas son las cosas que obsesionan a Julieta. El sol y la luna, el borrego y la borrega, Romeo y ella, Julieta, como en la tragedia de Shakespeare. Por cierto que en el salón de clases hay un niño que se llama así, Romeo, pero es flaco flaco y lo único que le interesa es el beisbol. A Roxana, en cambio, le fascinan los dinosaurios, el hombre primitivo y todo lo que tenga más de un millón de años; pero Roxana se fue de vacaciones a la playa.

Hicimos la tarea juntas; ya te imaginarás, “si un tren lleva quinientas toneladas de cemento en siete vagones, ¿cuántas podría transportar si tuviera doce vagones?”. Luego coloreamos un mapa según los climas regionales del país. Donde nosotras vivimos quedó de color naranja, porque pertenecemos a una región “húmeda semitemplada”. Oh, qué maravilla. ¡Una porra para las regiones “semitempladas”! Sería más interesante un mapa con las regiones de los mosquitos, es decir: 1. Regiones con muchos mosquitos (como aquí); 2. Regiones con pocos mosquitos; 3. Regiones sin mosquitos. Al otro día me iría a vivir a ese paraíso libre de alimañas.

Diario mío sin nombre, tú bien sabes que odio a los mosquitos, y no tanto porque te piquen y te dejen un punto de comezón, ¡sino porque te despiertan con su insoponible zumbido a mitad de la noche! mamá nos tiene prohibido usar insecticida contra ellos. “Eso es veneno puro”. Tú lo sabes: mamá es enfermera y todo lo que tiene que ver con la SALUD es prioritario. Así que en la barca del

nuevo Diluvio no subiríamos a la pareja de mosquitos.
¡Ni hablar!

Terminamos la tarea a tiempo. Luego que se despidió Julieta (vive a dos cuadras) cayó un trueno que desató la lluvia. Teléfono, la verdad, es muy miedoso. Siempre que oye el retumbo de los relámpagos busca la compañía de alguien. Es como si se transformara en un niño de brazos porque se la pasa gimoteando toda la tarde. Por eso tiene ese nombre.

Cuando nos lo regalaron era un cachorrito precioso meneando el rabo de contento. Iba reconociendo la casa cuando de pronto sonó el teléfono y el perrito comenzó a aullar como loco. Fue cuando papá dijo: “Ha de imaginar que su mamita lo está llamando. ¿Y si le ponemos ese nombre?”. “¿Cuál?”. “Teléfono”, y se le quedó.

Desde entonces, cuando el aparato suena, el timbrado se junta con sus aullidos.

“Teléfono, ¿verdad que tú también lo viste?”.

Qué pregunta. ¿Por dónde comenzar? No quiero escribir cosas que no sean ciertas. Papá trabaja en un periódico donde se supone que publican solamente verdades. Sí, es cierto, el equipo Madereros venció a Coyotes 3-1. Sí, es cierto, un terremoto sacudió el sur de Italia. Sí, es cierto, los cosmonautas allá arriba cumplieron hoy cien días circunvolando el planeta. Puras VERDADES. Así que se lo vuelvo a preguntar a Teléfono, que a ratos me mira como si comprendiera mi preocupación.

“Teléfono, ¿tú también lo viste?”.

¿Por dónde comenzar? Son casi las doce de la noche y soy (creo) la única persona que permanece despierta en casa. Ojalá mañana no me quede dormida a la hora de ir a la escuela.

Pero comencemos por el principio. Como es obvio suponer, en todas las casas hay cosas. Cosas nuevas y cosas antiguas. Las cosas nuevas pasan de moda y con el tiempo se convierten en cacharros inservibles. En casa, por ejemplo, hay un fonógrafo al que se le debe dar cuerda para que gire el plato de los discos (de esos negros y grandes) y los “fonogramas” den vueltas soltando unas arias de ópera que suenan medio apagadas. Los discos se han ido rompiendo o perdiendo (como todo en la vida) y mi hermano Agustín lo aprovecha para jugar con sus soldaditos. Los pone como si estuvieran en un carrusel y conforme el círculo gana velocidad los muñequitos salen disparados. Así que mamá amenaza todos los días con sacar el fonógrafo a la calle y entregarlo al carretón del ropavejero. Que se lo lleven, a ver qué uso le encuentran, pero papá dice que no, que deje el cachivache donde está. Y comienzan a discutir. Las cosas nuevas, en cambio, tienen un encanto especial. Un olor, un brillo, un instructivo que indica cómo usarlas. Hasta las blusas traen su pequeña etiqueta donde se explica en qué país fueron confeccionadas, de qué material es la tela, cómo lavarla, cómo plancharla, y casi casi cuál día usarla y cuál no.

Nuestra casa no es, de ningún modo, nueva. Hace muchos años funcionaba como casco de una finca. Dice papá que aquí vivía mucha gente, según le contaron. Que había caballos, vacas, borregos, gallinas, patos y hasta peces en una fuente que ahora está rota y seca. Gran parte de aquel terreno de hace cien años (la verdad no sé cuántos) fue fraccionado y vendido. Ahora sólo queda esta casa medio ruinoso y un patio donde antes se guardaban las carretas. De las cosas de entonces todavía quedan algunas: los cuadros de los jinetes, un reloj enorme de bronce, un jarrón casi completo, un candil, una calesa destartada, y el espejo.

En la calesa mi hermano y yo hemos corrido innumerables aventuras, y eso que le falta una rueda. Sobre todo antes. En ella fuimos atacados por los apaches, con ella llegamos hasta el Palacio de Versalles, donde fuimos recibidos por el rey Luis XIV, con ella transportamos vendas y medicamentos para los heridos de la Revolución. La calesa está en un rincón del patio y en lugar de la rueda faltante le pusimos un banco de madera para que no se ladee. Sin embargo, el día que propuse jugar a la Cenicienta, Agustín bajó corriendo de la calesa y se escondió quién sabe dónde. Desde que vio la película teme que un día quede convertido en ratoncito.

A veces me pregunto quiénes habrán viajado en esa carreta donde no caben más de tres. Tal vez mis abuelos, pero seguramente los abuelos de mi abuelo, que fueron

quienes compraron la finca hace tantísimos años. Dice papá que cuando él era chico jugaba ahí con sus amigos, pero él dice muchas cosas con tal de llenarnos la vida de ilusión. También dice que un día nos iremos a vivir al mar, que un día nos cambiaremos a una casa bonita en la ciudad (que está a veinte minutos de esta ranchería), que un día tendremos un automóvil propio. Lo bueno es que papá no deja de soñar.

Sí, el espejo es otra de las cosas antiguas que hay en casa.

Durante años lo conservó la tía Amparo. Es más, nunca lo vimos porque lo mantenía arrumbado en el sótano de su casa junto a otros triques igualmente inservibles. Ésa es una de las manías de la familia de papá: coleccionar cosas antiguas que no sirven para nada. Lo mismo cámaras fotográficas descompuestas que botellones de cristal sin el tapón, muñequitas de porcelana a las que les faltan tres dedos o cuadros horribles que compran en las subastas. mamá, en cambio, pertenece al Partido de los Tira-Todo. Así que vivimos una guerra permanente: papá, que quisiera convertir la casa en un museo (y poco le falta), y mamá, que busca tener solamente lo necesario y funcional. “Si por ti fuera, convertirías la casa en una tienda de antigüedades”, le dice mamá, y entonces comienzan a discutir sobre el polvo, la “manía cachivachera” y la utilidad real de las cosas.

Un día la tía Amparo se mudó a un departamento moderno, con ventanas de aluminio y recámaras pequeñas,

y nos regresó el espejo que mantenía arrumbado y cubierto con sábanas.

El espejo es grande, más alto que yo, está soportado sobre una base móvil de madera, de modo que al inclinarse puedes verte de cuerpo entero. El cristal está un poco empañado (será que tiene más de cien años), y ya lo dijo papá: el que lo rompa tendrá “siete siglos” de mala suerte. Lo trajeron la semana pasada y como no cupo en ningún lado lo pusieron en el cuarto que está junto a mi recámara. A esa alcoba la llamamos “el gabinete” y sirve para todo (y para nada). Ahí es donde mamá hace sus labores de costura, donde Agustín juega con sus soldaditos y donde papá guarda sus álbumes de fotografías. También es el lugar favorito de Teléfono, pues ahí se refugia para dormir de lo lindo. ¡Cómo le gusta dormir a ese perro tan flojo!

“Un espejo es un puente de irrealidad”. Eso dijo el profesor Gumaro en la escuela (sí, así se llama). Lo dijo el día que explicaba eso de las “imágenes reales y virtuales” que ofrecen los diferentes tipos de espejos. Y como es un poco filósofo, el profesor Gumaro divagaba cuando soltó eso del “puente de irrealidad”. Es decir, explicó que cuando vemos un espejo no vemos “la realidad, sino su reflejo”. Una imagen que no es (ciertamente) la realidad. De ese modo, nos previno, estamos condenados: “Nadie podrá mirarse a sí mismo como cuando vemos un árbol, que es un árbol, o cuando vemos un vaso de leche, que es un vaso de leche; porque de nosotros mismos solamente podremos ver la